EL NOBLE ARTE DE LA TAUROMAQUIA

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA
Universidad Complutense de Madrid
www.gonzalezrequena.com

El noble arte de la tauromaquia

Mi intervención se atendrá a desplegar y justificar su título que es, como ustedes saben, El *noble arte de la tauromaquia.* Y no tanto, o sólo secundariamente, por lo que se refiere a la afirmación de su carácter *artístico*, sino, sobre todo, por lo que tiene que ver con la reflexión sobre los motivos que hacen, de la tauromaquia, un arte *noble.*

O más exactamente: la más noble de las artes.

Ciertamente, todo arte, cuando lo es de verdad, posee, de manera indiscutible, la cualidad de lo auténtico. Así, la fuerza de la obra de arte sobre su lector procede necesariamente de la autenticidad de la experiencia cuya huella ha quedado, en ella, cristalizada. De modo que toda obra de arte, si realmente lo es, posee esa autenticidad de la que depende la dignidad del arte.

Mas, por contra, no todo arte la posee necesariamente. Pues un arte es una región de técnicas y de obras a las que se da en reconocer como artís-

ticas, con independencia de que lleguen o no a serlo realmente. De modo que son sólo las obras auténticas de ese arte las que le dan su dignidad.

Pero son, también, como es inevitable y todo el mundo sabe, las menos. Y están rodeadas de muchas otras que fingen una autenticidad de la que carecen, y lo hacen con una histriónica gestualidad que termina siendo la más evidente manifestación de su impostura.

Diferente del todo es el caso del arte de la tauromaquia.

Pues aunque en éste abunden los toros escasamente bravos y las malas faenas, la autenticidad de sus partícipes – y la del arte que los convoca – viene inevitablemente dada por la intensidad acerada de la cita que los reúne – a las cinco de la tarde – en ese centro inapelable que es el del ruedo, a cuya arena, como ustedes bien saben, no es capaz de bajar cualquiera.

Y bien, del que lo hace, la autenticidad torera queda, porque lo hace, atestiguada.

* * *

Ahora bien, una cosa es la autenticidad y otra bien diferente la nobleza.

La autenticidad de una obra de arte no garantiza su nobleza, pues el genio artístico puede ser retorcido, equívoco o perverso. Puede hacer suyo el reino de la ambigüedad y la ambivalencia, dibujar pliegues múltiples y esconderse entre ellos, decir las verdades a medias e incluso confrontarnos a la experiencia de la muerte misma de la verdad.

No hay nobleza en ello, pero sí autenticidad.

No hay verdad en ello aunque sea sin duda alguna verdaderamente auténtico su acto de enunciación: dice su verdad; pero esa verdad consiste tan sólo en la afirmación de que la verdad está muerta, de que no hay otra verdad posible, que la verdad no es más que una metáfora destinada a enmascarar el horror.

¿Cuántos grandes artistas no lo han dicho así desde Nietzsche hasta hoy?

Entiéndanme bien: no dudo de su valor artístico, estético, pues les insisto en su autenticidad, sólo les digo que, habiendo verdad en sus obras – la que de esa autenticidad se infiere-, son obras que, sin embargo, no dicen la verdad.

Tienen que concedérmelo pues, después de todo, no digo otra cosa que la que ellas mismos dicen: que la verdad no existe, que no hay otra verdad que el engaño, cuando no el horror.

Ahora bien, donde no se dice la verdad, no puede haber nobleza, pues la verdad y la nobleza son dos cualidades intensamente emparentadas, profundamente próximas.

Así, tanto la verdad como la nobleza carecen de dobleces. Allí donde hay doblez, no hay verdad ni nobleza. Y, por más que se insista en ello, jamás una verdad dicha a medias será otra cosa que una mentira enmascarada.

De modo que no todo arte auténtico es un arte verdadero, pues sólo es arte verdadero el que logra decir la verdad.

No ciertamente una verdad universal, sino la única verdad posible, que es siempre, necesariamente, subjetiva y concreta pues es la suya la concreción inconfundible de la experiencia subjetiva.

* * *

Que la nobleza es un rasgo mayor de la verdad es algo que se deduce del tejido simbólico que la configura.

Por eso, si quieren saber algo de la verdad deben atender al acto de decirla, pues no hay otra verdad que la dicha, dado que el ámbito de existencia de la verdad no es, ni puede ser otro, que el de la enunciación.

Y observen hasta qué punto está en juego en ello esa verdad de la que les digo que es cosa de palabra dicha y, en tanto dicha, dada:

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.

Es en extremo densa la palabra del torero.

Como es intenso y prolongado el arco temporal que la sostiene y que culmina descendiendo a la arena a las cinco de la tarde.

¿Se dan cuenta hasta qué extremo los elementos que despliegan el movimiento completo de la palabra verdadera están en juego? Pues no es necesariamente torero el que dice que acudirá a esa cita, pero el que lo dice, desde el momento en que lo dice, queda comprometido en el campo de la palabra.

No importa ya el significado de los signos dichos, sino el sentido que hace, del que los pronuncia, un torero o un mentiroso.

A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde.

Pues no es torero el que lo dice, sino el que hace verdad su decir descendiendo a la arena de la plaza a las cinco de la tarde –el otro, el que no acude, es como les digo, un mentiroso.

No es la de la verdad, como ustedes pueden ver, una cuestión de signos, sino de palabras.

Pues los signos están ahí, con sus respectivos significados, siempre disponibles en el almacén del lenguaje, tanto como vacíos de sentido, ya que por sí mismos carecen de cuerpo, de espacio y de tiempo.

Cualquiera puede decirlos.

Por eso les insisto, siguiendo en ello a Federico García Lorca, en la importancia de la hora de la cita.

La cosa es bien evidente, después de todo: uno puede pisar la arena de la plaza sin ser torero; basta con no hacerlo a las cinco de la tarde, en una visita turística, por ejemplo.

Basta con hacerlo, en suma, cuando no hay cita. Cuando se tiene la seguridad de que no va a estar presente el toro.

Eso, claro está, cualquiera puede decirlo.

Pero sólo es torero aquel que, después de haberlo dicho, coloca su cuerpo ahí, sobre la arena de la plaza, a las cinco de la tarde, frente al toro que le aguarda.

No hay duda: el que cumple ese requisito es ya un torero.

¿Ven aquí, de nuevo, por qué la tauromaquia es la más noble de las artes? El peor de los toreros no deja, por ello, de ser torero –no es posible poner en duda su nobleza, en la misma medida en que no es posible la existencia de toreros impostores.

De la pulsión y la violencia

Pero no podré desplegar ante ustedes la dignidad de esa nobleza de la que trato de hablarles mientras que no logre hacer frente a la acusación que, como una losa, la vela a la mirada de nuestros contemporáneos.

Y es que, como saben, se acusa a la fiesta de los toros de ser un espectáculo violento.

Lo que constituye un muy evidente error, y no porque no haya violencia en la tauromaquia, sino porque la fiesta de los toros no pertenece al mundo profano del espectáculo, sino al mundo sagrado del ritual.

Hay, sin duda, violencia en la fiesta taurina y los que intentan defenderla negando esa violencia no sólo se equivocan, sino que le hacen el más flaco favor, pues nada digno de ella queda cuando se intenta edulcorar esa violencia que la habita esencialmente.

La violencia, les insisto, está sin duda en el centro de las fiesta, pero es la suya una violencia ritual. Y no entiendan con ello que no sea una violencia real; bien por el contrario: el que sea una violencia ritual no la hace menos real, pero, la convierte, eso sí, en violencia sagrada: violencia a la vez real y simbolizada.

Y, ¿saben?, pienso que ese es el motivo del rechazo, si no del odio, que despierta en muchos de nuestros contemporáneos.

Qué diferente es la otra, la violencia espectacular. Tan diferente que es bien poco objetada aun cuando baña la mayor parte de los espectáculos contemporáneos, con el televisivo a la cabeza.

Lo que nos coloca frente a una de las paradojas mayores de nuestro tiempo. Nuestros conciudadanos proclaman incesantemente su rechazo de la violencia tanto como la consumen profusamente en sus espectáculos de masas.

Saben ustedes cuál es la coartada: que esa no es una violencia real, sino, tan solo, representada.

Y, por lo demás, la coartada se redobla: no sólo es violencia representada, sino que es, a la vez, violencia disfrutada y repudiada. Pues nuestra pulsión se entrega a ella a la vez que, simultáneamente, nuestra conciencia se permite el lujo de condenarla.

Lo más notable de todo ello es que la mayor parte de las veces el odio desempeña la función mediadora: piensen en esas innumerables películas que les invitan a odiar al malvado por sus maldades para, a continuación, convocarles a la identificación con el bueno que le ajusta las cuentas de la más violenta de las maneras.

Pero si la violencia cinematográfica es una violencia representada, la violencia televisiva es, en la mayor parte de los casos, violencia real. Y a ella convoca, con la más desinhibida desenvoltura, el conductor del reality-show de turno a un espectador que, frente a la víctima humillada y ofendida, se instala en una posición que es la del desprecio unas veces y la del odio otras.

Y por cierto: desde que, con la crisis económica, el reality-show se politiza, resulta cada vez más palpable el desplazamiento de lo primero a lo segundo – es decir: del desprecio al odio.

¿Cómo es posible, entonces, que no haya manifestaciones que reclamen la prohibición del reality-show ? Como tampoco las hay contra los partidos de futbol, aun cuando ya es un tópico considerarlos como fenómenos de alto riesgo que reclaman la presencia de cientos, si no de miles, de policías para evitar que el odio al equipo contrario conduzca al derramamiento de sangre.

Pero no me malinterpreten, no estoy a favor de la prohibición ni de lo uno ni de lo otro.

Sólo trato de transmitirles mi perplejidad ante la existencia de esas manifestaciones antitaurinas que reclaman, ellas sí, la prohibición de la tauromaquia

Los que asisten a ellas no dudan en llamar asesinos a los otros, a los que participan de la fiesta, porque les consideran cómplices de la muerte del toro.

Tienen razón en lo segundo, tanto como se equivocan en lo primero. Pues sin duda los taurinos – pero no les llamen ustedes espectadores, porque son partícipes de un ritual – se saben cómplices, con el torero –

cuyo otro nombre es, no por casualidad, el de *matador* –, de la muerte del toro.

Pero eso no hace de ellos asesinos, sino, muy exactamente, seres humanos que, a diferencia de los que así les increpan, saben y asumen su condición.

El nacimiento es violento. La muerte es violenta. El acto sexual es violento. Incluso el simple acto alimenticio lo es inevitablemente. ¿Cómo podría no estar la violencia en el centro de la fiesta siendo la tauromaquia un arte y la violencia parte inseparable de la vida?

Es justo reconocerlo: en la fiesta taurina se mira de frente a la violencia inevitable que forma parte del mundo.

La victoria del torero sobre el toro – cuando se produce, porque eso no está garantizado – resume y rememora la victoria de la especie humana sobre el resto de las especies contra las que, desde el origen de los tiempos, libró una dura lucha para conquistar, primero, la supervivencia y, luego, la hegemonía.

Eso fue – y sigue siendo, dada nuestra obcecación en alimentarnos- un hecho real. ¿Deberíamos olvidarlo, borrar toda huella, fantasear que el mundo es un universo armónico donde las especies conviven entre sí amablemente? Esa es sin duda una de las tentaciones más intensas de nuestros contemporáneos: instalarse en una percepción beatífica de sí mismos, como seres inmaculados, carentes de violencia, nacidos para compartir un placer amoroso e inagotable.

Pero pienso que a estas alturas deberíamos ya saber de los peligros que acompañan a esas fantasías tan imaginarias y autocomplacientes que llevan siempre a la supresión de los dispositivos simbólicos que la cultura ha creado para conducir y dar una salida a la violencia que nos habita.

Pues sucede que eso es precisamente la pulsión: energía, en sí misma ciega y violenta, que presiona desde el interior de nuestro cuerpo buscando una salida. El que finalmente resulte humanamente productiva o bestialmente aniquilante depende, precisamente, de que pueda ser orientada, conducida y canalizada por esos dispositivos simbólicos de la cultura que son los textos.

De eso, muy exactamente, se trata en la tarea de los textos que hacen una cultura: de orientar, conducir, canalizar esa energía previa, extracultural, real, que es la pulsión.

En ningún caso de ignorarla, mucho menos de negarla. Pues no por

insistir en su negación la pulsión – y su violencia – deja de estar ahí. Y, dado que sigue estando y presionando, termina inevitablemente, cuando no le es concedida salida alguna, o bien por provocar una explosión – es el caso de esos seres apacibles que un buen día estallan de la más violenta manera contra sí mismos o contra los otros – o bien por encontrar salidas enmascaradas, ya sean autopunitivas – pues la pulsión siempre puede alimentarse de uno mismo – o proyectivas.

Permítanme que me detenga por un momento en estas últimas, pues no cesan de crecer en el mundo contemporáneo.

Es sencillo el mecanismo de la proyección: de hecho ya les he hablado de él cuando hacía referencia a la violencia que reina en la mayor parte de los espectáculos contemporáneos. Podemos resumir así su estructura:

1. yo no soy violento, el violento es el otro;
2. su violencia es odiosa,
3. le odio por su odiosa violencia,
4. nadie como él merece esa violencia que es la suya…
5. yo seré el justiciero que se lo hará conocer.

Ahora bien, ¿no es de esa índole también la violencia que exhiben los manifestantes antitaurinos que acosan a los taurinos que acuden a la plaza en día de corrida?

Ciertamente, es tan fácil odiar…

Pero permítanme que, a este propósito, les llame la atención sobre el rasgo más asombroso de lo que sucede en las corridas de toros.

En ellas, a diferencia de lo que sucede en todos esos espectáculos que les he mencionado, no se produce el menor atisbo de odio. ¿Saben ustedes por qué? Precisamente, porque la violencia se manifiesta ahí, en ese centro del ruedo que es el ocupado por su arena finalmente ensangrentada, sin máscara alguna, asumida como un dato inevitable – y en esa misma medida irrenunciable – de la vida.

Todos se saben – y se aceptan – partícipes de ella. De ella culpables. Y, ante ella, respetuosos.

De modo que, en la fiesta, nadie odia.

Y menos que a nadie se odia al toro.

Porque al toro, sencillamente, se le teme tanto como se le ama. Y aún eso es decir poco: de hecho, se le venera como a un dios.

Se le venera como el dios que fue – a Georges Bataille debemos la deslumbrante percepción del carácter divino de las grandes bestias pintadas en esos primeros templos que fueron los de las cuevas del neolítico – hasta que, precisamente, fue vencido por el hombre.

Pero es un hecho que su condición divina sigue, a pesar de todo, viva: su muerte ritual es totémica, el matador y los que contemplan su gesta localizan en él la nobleza que – por vía de identificación – quisieran hacer suya.

De modo que participan, de manera franca y decidida, de la muerte del toro. Y por eso mismo exigen que esa sea la muerte más hermosa, que en ella el toro pueda manifestar todo su divino vigor.

El torero y la mujer

Les decía que no hay espacio, en la fiesta de los toros, para los impostores. Que el peor de los toreros, porque acude a su cita con ese dios al que teme y venera, es, sin duda, torero.

Ahora bien, si además es un buen torero…

Si además es un buen torero, cuando llega la hora y el toro irrumpe en la plaza, él torea. Es decir: lejos de perder la compostura, la mantiene y afirma.

Hace frente a la bestia, aguanta su embestida, no la rechaza ni la niega, sino que la atrae a la vez que la desplaza y la conduce de modo que una insólita armonía, una suerte de danza inesperada, se adueña del que, a todas luces, es el espacio de un combate.

Supongo que, a esta alturas de mi exposición, se habrán dado ustedes cuenta de lo que ahí sucede.

El toro, la bestia divina y primigenia, encarna a la pulsión y el torero

ocupa el lugar del sujeto que la conduce y le da forma – en ello estriba su arte – con su faena.

Le da forma, mas no la doma: pues el toro no se parece en nada a esa fantasía que anida en la mente de los antitaurinos: nada hay en él, en suma, de dócil y domado animalito de compañía.

Por el contrario: el toro bravo es indomable. Y se crece ante el castigo. – Ese crecerse ante el castigo, que es lo que el torero aprende del toro, da la medida misma del héroe. Pues tal es lo propio del héroe, como del toro y como del torero capaz de hacerle frente: su capacidad de crecerse ante el castigo.

Pero cuando les hablo del torero, no piensen que les estoy hablando de su conciencia, porque no es posible que sea la conciencia del torero la que torea.

Y ello es así sencillamente porque, en el momento del acto, la conciencia no está. Puede estar antes o después, pero nunca en el momento mismo del acto.

¿Cómo podría estar en el momento mismo en que el sujeto se encuentra parado frente a los afilados cuernos del toro?

¿Saben quién sabe de eso mejor que nadie?

La mujer que, desde la grada, vestida de fiesta, se deja ver con sus mejores galas a la vez que contempla interesada la faena del torero.

¿Quién mejor que ella para admirar al torero que, tenga o no miedo, sabe vencerlo y, a las cinco de la tarde, acude a su cita?

Admira al varón que es capaz de aguantar ante el toro, afrontar su embestida y entrar a matar.

¿Cómo podría ser de otra manera dada la extrema resonancia sexual del modo como el texto taurino nombra la última suerte? Pues para matar, en el arte de la tauromaquia, es necesario entrar.

Entrar a matar.

Y ciertamente, en esa danza en la que el torero – si le ha sido dada esa tarde la gracia necesaria – ha logrado dar forma bella a las embestidas del toro, la última embestida habrá de ser la suya.

Y bien, la mujer siente, aun cuando ese sentimiento no encuentre necesariamente expresión en el plano de su conciencia, que si él es capaz de enfrentarse al toro y entrarle a matar, entonces será capaz de entrarle a la fiera que en ella habita.

Y lo hará con toda la fuerza del toro, pues lo ha vencido y ha hecho suyos sus atributos, pero lo hará, también, a la vez, con ese arte que ha sido capaz de desplegar en su faena.

Agonía

Pues el torero acude a su cita.

Y torea.

Y él, como todos los taurinos que le rodean, hace algo todavía más difícil: acompaña al toro en su agonía.

Les decía al comienzo que es posible decir la verdad, y que el arte que la dice es, por eso, el arte más noble. Pues bien, no es verdad decir que la muerte existe. Eso es, simplemente, una desazonadora constatación objetiva.

Les insisto: es posible decir la verdad: que la muerte existe, pero que, existiendo, siendo siempre terrible y agónica, puede ser noble, digna y hermosa.

¿Y si fuera esto, después de todo, lo que los antitaurinos no toleraran ?

Esto, quiero decir, la presencia, en el centro del rito, del momento mismo de la agonía. Sea la del toro o la del torero.

¿Saben ? A veces pienso que el motivo de su hostilidad hacia la fiesta taurina es muy semejante al motivo profundo de la hostilidad de muchos de nuestros contemporáneos hacia el cristianismo.

Pues aunque ellos afirman rechazar la ilusoria promesa de otra vida más allá de la muerte, lo que realmente no son capaces de soportar es el dato existencial mayor del cristianismo: la presencia de ese crucificado que, junto al llanto de la mujer, ocupa el centro de los altares cristianos.

Es precisamente de eso de lo que el hombre moderno no quiere saber nada: de la agonía como el momento más intenso de la existencia humana.

Es todo, muchas gracias por su amable atención.

El noble arte de la tauromaquia, en Jeanne Raymond y Jean-Louis Brunel: Transmissions textuelles, Actes du Colloque International, 29-31 mai 2013, Université de Nîmes, Cahiers du GRES, Université de Nîmes, Nîmes, 2014. ISBN: 978-2-9539795-1-0, pp. 185-196.

www.gonzalezrequena.com